

PARITARIAS: A LA VIA MUERTA

por
Héctor Sayago

ES EVIDENTE, a esta altura de los acontecimientos sindicales, que las autoridades laborales del gobierno tienen muy poca suerte. Como asimismo que los planes pacientemente elaborados desde la estratofera oficial y canalizados a través de los múltiples polos de negociación y entendimiento ensayados hasta el momento, estén próximos a naufragar. Cuando ello ocurra, el fracaso quedará a la vista y entonces el camino a desandar tendrá que ser forzosamente más engorroso. Las soluciones parecen difíciles y lo que es peor, casi nadie está dispuesto a aportarlas con prudencia, partiendo de bases moderadas, sin que ello signifique agonizar nuevamente en el *status quo* sindical, varias veces comentado en estas páginas. Es que hemos recorrido en muy corto tiempo sin transición, dos instancias extremas y estamos ahora inmersos en un tembladeral poco propicio a entendimientos entre los distintos sectores que disputan la preeminencia, la validez de criterios contrapuestos.

El gobierno ha convocado al diálogo y algunos (muy pocos) han respondido a ese llamamiento. Ha instado a la unidad sindical ("una CGT única, poderosa y representativa", enfatizó más de una vez Onganía), una petición permanentemente desoída, un concurso tercamente retaceado. Pero el gobierno —lo hemos señalado también nosotros más de una vez— se ha limitado a efectuar ese llamamiento, como si el desquiciado panorama gremial (estamos hablando de los auténticos trabajadores) pudiese ser reorganizado por decreto. Es que siempre, cuando se tiene mala suerte, la culpa no es del azar, ni de la incomprensión divina, ni de los errores de los otros. Cuando no se tiene suerte, es porque las fallas son permanentes en aquel cuadro —como el que nos ocupa— que se quiere componer. Pero resulta que no es un juguete al que debe darse cuerda o se necesita "alguien" que pretenda manejarlo. No es un juego en el que baste querer **participar** (de acuerdo al lenguaje en boga), sino que necesita autén-

ticos actores, representantes. De allí que a los estrategos de la Secretaría de Trabajo se le hayan agotado las combinaciones, en este difícil juego.

EN TREN DE DISCUTIR

El llamamiento a paritarias y su posterior integración, los primeros intentos acuerdistas entre las partes y la reacción del sector obrero (cuya expresión más álgida fue la declaración del paro general para el 1º de



Secretario RUBENS SAN SEBASTIAN
Paritarias: el tiro por la culata.

este mes, por 36 horas) hacen presumir que este proceso en torno a las futuras condiciones salariales, terminará fatalmente en la vía muerta.

Habría que preguntarse, ante todo, qué pretendió el gobierno al optar por este sistema de llamamiento a paritarias. En forma reiterada, las autoridades de la conducción laboral insistieron en la necesidad de librar a la franca discusión de los convenios colectivos de trabajo, la solución más viable de este espinoso asunto. Pero igualmente advirtió que ello debería condicionarse con buena voluntad a términos de tratamiento razonables, de manera tal que las conclusiones no afectaran la resguardable (contra viento y marea) estabilidad económica, única instancia en la que el gobierno trató de cometer menos errores. Pero el llamamiento a paritarias, en estas condiciones, es una enormidad.

Lo que no pudo ser previsto convenientemente —he aquí la poca suerte a la que aludimos antes— es la interminable ola de descontento social, originada en gran parte, en los primeros escarceos negociadores entre patronos y obreros. Las vallas de contención **juiciosamente** sugeridas por las autoridades (que se agudizaron a partir del 2 de setiembre, fecha de habilitación de las primeras comisiones paritarias) fueron rotas, desbordadas por los requerimientos sindicales.

Si tomamos al azar un índice, tenemos el caso que presentó el gremio del Chacinado al solicitar el 100 por ciento de aumento sobre los índices del actual convenio que rige sus demandas. A ello agregó un 40 por ciento en la participación de las utilidades empresarias. Fue el récord. Y otros cálculos porcentuales exigidos para señalar: Alimentación, 50; Caucho, 85; Cerámica 60; Papel, 60; Sanidad, 50; Vestido, 35. Si bien se ha insistido en que no habría de señalarse un tope previo a estas solicitudes en paritarias, es obvio que el gobierno deberá laudar forzosamente. Y los topos previsibles estarán muy por debajo de las peticiones presentadas por el sector laboral.

Algunos sectores, notoriamente vinculados al ámbito empresario, han catalogado a aquellas demandas como "irracionales". Por su parte el sector laboral, a través de sus representantes, consideró en todos los casos, que estas demandas respondían a las necesidades exigidas por un nivel de vida aceptable y que provienen de "un cuidadoso análisis sobre el costo de vida a partir de la canasta familiar", un regulador económico imponderable.

Se trata, entonces, de computar distintos enfoques que adquieren en el tiempo inmediatas posiciones irreconciliables. Por un lado, gobierno-fuerzas empresarias cohesionados en la decisión de mantener el programa económico previsto y mantenido desde hace casi 3 años. Por el otro, gremios en abierta rebeldía, aunque confundidos y enredados en sus inexplicables tácticas.

La Unión Industrial salió a la palestra, a poco de conocidos los primeros requerimientos obreros, con una declaración en la que llamaba a la reflexión. Para la UIA es evidente que las demandas obreras son un despropósito. Los gremios, en la seguridad del escaso éxito que alcanzarían esas demandas —como asimismo la atención de los otros problemas condensados en el peti-

torio de 5 puntos presentado al gobierno— decidieron (lunes 22) la realización de un paro nacional por 36 horas. Esta decisión fue apoyada por la omnimoda Comisión de los 20 que contó con el apoyo político de las 62 Organizaciones. Por su parte, la zigzagueante corriente "participacionista" (nucleada en la denominada Nueva Corriente de Opinión), al cierre de esta edición aún no había resuelto su actitud, aunque en principio se habló de un cese de actividades por 48 horas.

Una flamante táctica —impuesta por los acontecimientos vividos en los últimos meses en el interior del país— amenazó con agregar a la gimnasia huelguística otros aditamentos de lucha: abandono de tareas en fábricas al filo del mediodía y realización de concentraciones en lugares prefijados por la conducción gremial.

LA DIFÍCIL NEGOCIACION

El sector obrero tornó a la convulsión. Si bien el paro decretado por los 20 languideció en las negociaciones posteriores, efectuadas incluso a nivel presidencial (viernes 26), es importante señalar que se trata sólo de una tregua, puesto que las condiciones para volver a la carga en favor de otras medidas de fuerza por parte del sector obrero, prevalecen.

El levantamiento del paro del 1 y 2, tuvo consecuencias inmediatas y, de acuerdo a la opinión de los observadores, algo funestas para las fuerzas laborales. La asamblea posterior al diálogo presidencial —cuyo mediador Luis M. Prémoli pareció llevarse las palmas del triunfo— resultó una puja de enfrentamientos de los que finalmente resultó quebrado el cuerpo directriz de los vapuleados 20 gremios de tendencia peronista. Pero existe un hecho político cierto: la orden del propio Perón era "quemar al régimen", a cualquier costo. Las consecuencias de estas fisuras son dignas de un comentario que prometemos para nuestra próxima entrega. Entre ellas el resurgimiento de la figura de Ongaro.

Algunos conjeturan que fue la decidida posición tomada por el Consejo Nacional de Seguridad la que aventó finalmente el peligro del paro. El CONASE, en farragosa reunión, decidió el camino de la represión, considerando el movimiento de fuerza como una provocación.

La solución prometida por el propio Prémoli a los dirigentes rozó algunas concesiones de carácter discutible. Un 15 por ciento de aumentos masivos, habría arriesgado. Una versión prontamente desmentida por el ministro Dagnino Pastore en cuanto pisó suelo estadounidense para participar de las deliberaciones del Fondo Monetario Internacional. Contradicciones bien claras que, sin embargo, son susceptibles de un entendimiento que permita una distensión menos problematizada con respecto a la "salida salarial" que se impondrá en definitiva para el nuevo año.

Lo sabido es que las arcas del Estado continúan anémicas. Las vacas gordas quedaron atrás y difícilmente retomen a corto plazo el camino de las abundosas praderas. El **tiempo social** se mantiene en los organigramas, en las estructuras pergeñadas en los gabinetes sociológicos ministeriales. Mientras el chisporroteo del descontento parece ganar día a día más voluntades. ♦